

plenamente humano en nuestros días es imposible sin integrar en la vida propia este nivel de conocimiento, este nivel de conciencia. Se perfila así la alta función formativa que tiene la Historia de la Ciencia. Y la necesidad de doblar toda enseñanza particular, toda enseñanza de la Historia de una disciplina específica, con una exposición, aunque sea abreviada, de los hechos relevantes que han conducido a configurar la imagen actual del universo, incluido el animal humano.

## EN UN FELIZ ANIVERSARIO

JOSÉ LUIS PESET

Cuando los años pasan, el mirar atrás puede resultar dulce. El pasado, sin duda, puede servir para ayudarnos a sentirnos vivos, en especial si pensamos que en algún momento hemos arrimado el hombro para conseguir alguna mejora. En este sentido, resulta muy satisfactorio comprobar que la revista *LLULL* de la SEHCYT continúa su andadura tras 25 años de marcha. Hay que felicitar, por tanto, a quienes la pusieron en pie y a los que la han mantenido a lo largo de esta larga trayectoria. Las instituciones científicas españolas siempre han adolecido de una vida raquítica que las aboca, muy pronto, al anquilosamiento y/o a la desaparición. Superar un cuarto de siglo de existencia es un logro que merece reconocimiento.

Alrededor de la muerte del dictador —no creo que esta fecha sea casual— un grupo de amigos, que iniciábamos nuestro camino, nos reunimos para intentar apoyar la historia de las ciencias en España. Un país siempre acomplejado por su pasado científico, siempre dubitativo sobre su aportación a la sabiduría universal, podía beneficiarse de un grupo de historiadores que reconstruyesen e, incluso, inventasen un pretérito. Iniciadas estas tareas un año antes, el 30 de octubre de 1974 se reúne la asamblea constituyente que nombra la primera junta y redacta y aprueba los estatutos de la asociación denominada «Sociedad Española de Historia de las Ciencias». El plural en esta palabra es significativo, pues tanto entendíamos que cada saber contiene sus propios problemas metodológicos, como éramos conscientes de la necesidad de unir esfuerzos en las distintas áreas, que redundarían en beneficio de la investigación y la docencia del pasado científico. Tanto la institucionalización como el estudio y la enseñanza requerían esta orientación.

Un conjunto de amigos y colegas, de científicos e historiadores, de humanistas y técnicos se agrupaba de forma animosa, presentando los estatutos ante el temible ministerio de la Gobernación. Tras algunas dilaciones, se consiguió la admisión en el registro de asociaciones en el verano de 1976, cuando la muerte del dictador abría una nueva España. La primera junta de la directiva tuvo lugar en Valencia el 2 de octubre de 1976, celebrándose la primera junta general en Madrid el 19 de febrero de 1977. Una nueva directiva presidida por Santiago Garma puso en marcha la sociedad, decidiendo la

publicación de un Boletín y la celebración en Granada el 20 y 21 de mayo de un simposio, encargado a Ramón Gago, con preguntas sobre la investigación, la enseñanza y la institucionalización en historia de las ciencias.

Con el constante y generoso esfuerzo de Manuel Sellés aparecía un rudimentario número cero del Boletín en mayo de 1977. En un manifiesto se reconocía la necesidad de avanzar en la investigación en historia de las ciencias, descuidada respecto a otras parcelas del pasado. Se hacía referencia a la polémica de la ciencia española y se aludía a la herencia dejada por la Asociación Nacional de Historiadores de la Ciencia Española de 1934. Una amplia visión de la historia de las ciencias daba cabida a cuantas orientaciones se planteaban en el momento. Historia social e historia de los saberes, ciencias duras y ciencias sociales, internalismo y externalismo se daban cita en esta propuesta, si bien la preocupación por el contexto social del desarrollo científico en nuestras tierras era manifiesta. Estatutos y lista de socios completaban este número fundacional.

Tras los comentarios en Granada sobre el número cero, aparece el primer número en diciembre de 1977. Sin duda, las aportaciones de Santiago Garma, Víctor Navarro y Antonio Ferraz al nuevo formato fueron importantes, contando con la colaboración de Diego Núñez, Ramón Gago, Pedro Maset y Diego Ribes. Recibía la revista el nombre de *LLULL. Boletín de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias*. Un antiguo reloj mecánico se inserta desde entonces en su cubierta, buen símbolo de la preocupación por el paso del tiempo. En épocas más tardías, reconocería en el título su interés por la historia de las técnicas, cuando la sociedad cambió su nombre con esta adición.

Este primer fascículo anunciaba nuevos locales, en Duque de Medinaceli en algunos despachos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que un desgraciado incendio obligaba pronto a desalojar. Reunía las conclusiones del simposio de Granada, actividades de la sociedad y nuevos socios. Un par de artículos de Diego Ribes y Antonio Lafuente lo completaban. Se iniciaba así una nueva revista, pues el número 2 de abril de 1978 contenía los trabajos del segundo simposio de diciembre anterior en Barcelona. También dos notas de Diego Núñez y Fernando Girón y se comenzaba con las reseñas, sin olvidar noticias y actividades. El número 3 de febrero de 1979, conteniendo editorial, artículos, notas, noticias, actividades y socios, suponía la configuración definitiva de la revista. En esta primera etapa el buen hacer en diseño e invención de Manuel Sellés fue siempre necesario, permitiendo así que de forma rápida el Boletín de la asociación se convirtiese en la revista *LLULL*. Más tarde, el mérito de haber continuado y permitido que la revista alcanzara un cuarto de siglo, período nada despreciable en estas tierras, corresponde a otras muchas personas.